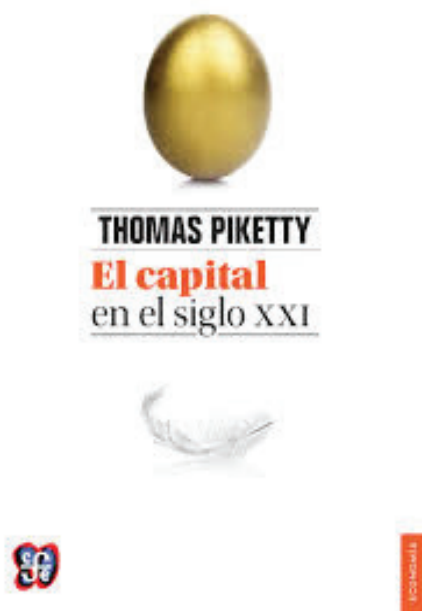


El capital en el siglo XXI*

Thomas Piketty



CARLOS AMTMANN**

Thomas Piketty, apoyado por un variado y amplio equipo de colaboradores, ha entregado este libro, producto de extensos y rigurosos trabajos, que contribuye crucialmente al análisis social, cultural, político y económico contemporáneo. Pudiera parecer contradictorio que al iniciar la reseña de un libro clasificado como de economía, en la enumeración precedente esta disciplina esté en el último lugar. Ello no es casual y

* 2014. México D. F.: Fondo de Cultura Económica. 663 páginas.

** Instituto de Historia y Ciencias Sociales, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Austral de Chile. Correo electrónico: camtmann@uach.cl

obedece a una interesante argumentación de Piketty, ya hacia el final de su texto, publicado en idioma francés el año 2013 y traducido al español el 2014 en un volumen del Fondo de Cultura Económica, cercano a las setecientas páginas. Afirma el autor:

No concibo otro lugar para la economía que como una sub-disciplina más de las ciencias sociales, al lado de la historia, la sociología, la antropología las ciencias políticas y tantas otras... la expresión "ciencia económica" me parece terriblemente arrogante y podría hacer creer que la economía ha logrado un estatuto científico superior, específico, distinto de las demás ciencias sociales (p. 645).

Lo anterior no es óbice para que el libro haya sido elogiado, al menos, por tres investigadores que han recibido el Premio Nobel de Economía –Paul Krugman, Robert Solow y Joseph Stiglitz-. Para el Premio Nacional de Economía Ricardo Ffrench-Davis, el trabajo de Thomas Piketty debe ser de los más importantes en economía en muchos años, y otros cultores de esta disciplina lo han calificado como una obra monumental en un tema que siempre debió ser relevante, aunque sólo recientemente haya captado el interés de los líderes de opinión pública.

La presentación de las vastas materias tratadas en el libro se divide en 16 capítulos ordenados en cuatro partes. En la primera, denominada "Ingreso y capital", se describen las nociones de ingreso nacional, capital y sus relaciones. Además, se realiza un interesante recuento de la evolución histórica de esta relación, así como de la evolución de la producción y el ingreso a partir de la Revolución Industrial. La segunda parte, "La dinámica de la relación capital/ingreso", trata la evolución a largo plazo entre capital e ingreso, y el reparto nacional entre ingresos por trabajo e ingresos del capital. La tercera parte, correspondiente a "La estructura de la desigualdad", siendo la de mayor extensión, analiza la magnitud alcanzada por las diferencias entre el trabajo y la propiedad del capital respecto a los ingresos que generan. La cuarta parte, concerniente a "Regular el capital en el siglo XXI", describe las orientaciones de las políticas públicas en el contexto de un estado social adaptado a este nuevo siglo.

Los enunciados de categorías relativas a los temas abordados en este libro que, según Paul Krugman "cambiará tanto la forma en que pensamos la sociedad como la forma de hacer economía"¹, tienen entre

¹ En línea, disponible en: <http://www.nybooks.com/articles/archives/2014/may/08/thomas-piketty-new-gilded-age/>

sus planteamientos centrales destacar como fuerza fundamental de divergencia, es decir, de incremento de las desigualdades, la relación entre la tasa de rendimiento del capital (el conjunto de activos no humanos que pueden ser poseídos e intercambiados en un mercado; beneficios, intereses, dividendos y rentas, entre otros) y la tasa de crecimiento anual de los ingresos y de la producción². En esta dirección, las preguntas que responde Piketty son de alto interés y han sido objeto de apasionadas controversias teóricas:

¿Qué se sabe realmente de la evolución de la distribución de la riqueza a lo largo del tiempo? ¿La dinámica de la acumulación del capital privado conduce inevitablemente a una concentración cada vez mayor de la riqueza y del poder, como lo creyó Karl Marx en el siglo XIX? ¿Acaso las fuerzas equilibradoras del crecimiento, la competencia y el progreso técnico conducen espontáneamente a una reducción y a una armoniosa estabilización de las desigualdades, como lo pensó Simon Kusnetz en el siglo XX? (p. 15).

El autor advierte desde el comienzo que las respuestas que presenta son imperfectas, pero se basan en datos históricos y comparativos bastante más extensos que estudios anteriores³, dentro de un marco teórico renovado que le permite comprender mejor las tendencias y los mecanismos subyacentes. Además, con una apertura a la pluriversidad epistémica, no subestima la importancia de los conocimientos intuitivos que desarrollan las personas a partir de sus experiencias, así como una alta consideración por las obras del cine y la literatura. Personajes y situaciones de las novelas sociales de Honoré de Balzac, Jane Austen y Henry James son planteadas en diversas páginas para argumentar o ejemplificar expresiones de las relaciones entre ingresos y capital durante el siglo XIX⁴.

Las respuestas a las preguntas formuladas sintéticamente por el autor se anticipan en la introducción en los siguientes términos:

² Se representa esta relación en la fórmula $r > g$ (rendimiento del capital mayor que el crecimiento anual de producción e ingresos), y que idealmente podría ser $r < g$.

³ Los antecedentes considerados abarcan tres siglos y más de 20 países. Sin embargo, el cuerpo de análisis está dado por la evolución de los datos sobre distribución o concentración de la riqueza en Francia, Reino Unido, Estados Unidos de Norteamérica, Alemania, Japón, Suecia. En menor medida Canadá, Australia y algunos países emergentes.

⁴ Las argumentaciones y estrategias de “Papá Goriot” respecto al futuro de sus hijas, así como las de habitantes de la Casa Vauquer, son referidas como ilustraciones de las relaciones entre ingresos y capital. Lo mismo corresponde para los diálogos entre John Dashwood y Fanny en “Sentido y sensibilidad”. No faltan las referencias a clásicos del cine como “La guerra y la paz”, “Lo que el viento se llevó” o “La heredera”.

el crecimiento moderno y la difusión de los conocimientos permitieron evitar el apocalipsis marxista, mas no modificaron las estructuras profundas del capital y de las desigualdades, o por lo menos no tanto como se imaginó en las décadas optimistas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Cuando la tasa de rendimiento del capital supera de modo constante la tasa de crecimiento de la producción y del ingreso, el capitalismo produce mecánicamente desigualdades insostenibles, arbitrarias, que cuestionan de modo radical los valores meritocráticos. Sin embargo, existen medios para que la democracia y el interés general logren retomar el control del capitalismo y de los intereses privados (p. 15).

A modo ilustrativo, situando un marco sobre la base de cifras globales, es posible apreciar que la desigualdad mundial entre países, regiones y continentes varía desde ingresos promedios por habitante del orden de 150 a 250 euros al mes (África Subsahariana, India), hasta 2.500 a 3.000 euros mensuales (Europa occidental, Estados Unidos, Japón) (p. 80). El crecimiento de la producción mundial por habitante, estancado hasta la Revolución Industrial, crece en promedio 0,8% entre 1700 y 2012, y en un 1,6% desde 1913 a 2012 (p. 111).

Hechos estos alcances, de la enorme variedad de aspectos relativos a la evolución de la desigualdad en el sistema capitalista, es decir, una parte relevante de la historia de la humanidad, cada uno de los cuales es tratado con profundidad de antecedentes y perspectivas teóricas en la obra, en esta reseña se ha optado por destacar sólo aquellos que recogen, a nuestro entender, los planteamientos centrales del autor. Éstos se desglosan en los siguientes cuatro apartados.

La metamorfosis del capital

Respecto a la evolución del valor del capital de los países en relación con el ingreso nacional, los análisis de Piketty se basan en la distinción entre capital extranjero neto, vivienda, tierras agrícolas y otro capital interno. Los datos expuestos demuestran que, desde comienzos del siglo XVIII al siglo XXI, la transformación más notable es la disminución del valor de las tierras agrícolas, el cual desciende desde equivaler a 4 y 5 años del ingreso nacional, a porcentajes menores al 10% el año 2010. Además, se produce un aumento en el valor del capital inmobiliario y del capital extranjero neto, en grados que varían entre los principales países ricos.

El análisis no toma en consideración, para asociar el acervo de capital con el flujo de ingresos del capital, el valor de los recursos naturales puros, antes de cualquier mejora realizada por el ser humano. En el caso

de la tierra, en las sociedades tradicionales es difícil calcular cuánto del porcentaje del valor corresponde a las múltiples inversiones hechas a lo largo de los siglos, y cuánto al valor puro de las tierras, pareciendo seguro que las primeras constituyen la mayor parte. Al respecto, es interesante destacar que en las economías tradicionales basadas en la agricultura, y donde el capital adquiriría la forma de tierras agrícolas, las posibilidades de sustitución capital-trabajo eran inferiores a las contemporáneas.

Ésta es la única manera de explicar por qué los Estados Unidos de América, a pesar de poseer un volumen de tierras muy superior al nivel observado en Europa, se caracterizaba en los siglos XVIII y XIX por un valor de las tierras muy inferior (medido por la relación capital/ingreso), así como por los niveles de renta de la tierra –y de participación del capital en el ingreso nacional- muchos más bajos que en el Viejo Mundo... Para que el capital llegue a ser un buen sustituto del trabajo es necesario que pueda adquirir distintas formas. Para una forma determinada –en este caso las tierras agrícolas-, es inevitable que más allá de cierto momento el efecto precio supere al efecto volumen. Si algunos cientos de personas dispusieran de un continente completo para cultivar, lógicamente los precios de la tierra y de su renta caerían a niveles casi nulos. No existe mejor ilustración del principio “demasiado capital mata el rendimiento del capital” que la comparación de los valores de las tierras agrícolas y de su renta entre el Nuevo Mundo y la Vieja Europa (pp. 244-245).

Sin embargo, Piketty agrega más adelante una precisión clave. “Ahora sabemos que, en este inicio del siglo XXI, la importancia global del capital no es muy diferente de lo que era en el XVIII. Sólo cambió su forma: el capital era rural y se convirtió en inmobiliario, industrial y financiero” (p. 415).

Emergencia de un nuevo capitalismo patrimonial

El análisis de la evolución anual, desde 1970 hasta 2010, de la relación entre capital privado e ingreso nacional para los ocho principales países ricos (Estados Unidos de Norteamérica, Japón, Alemania, Francia, Reino Unido, Italia, Canadá, Australia), permite a Thomas Piketty afirmar que “asistimos a un gran retorno del capital privado en los países ricos (...) o mejor dicho, a la emergencia de un nuevo capitalismo patrimonial” (p. 191). Los factores a los que atribuye este fenómeno son: a) la desaceleración del crecimiento, sobre todo demográfico; b) un movimiento de privatización y transferencia gradual de la riqueza pública hacia la riqueza privada, y; c) la recuperación de largo plazo de los precios de los activos inmobiliarios y bursátiles, en un contexto político muy favorable para los capitales privados, especialmente al compararlos con las décadas inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Dentro del lapso indicado, en los principales países ricos, las variaciones en promedio de las tasas de crecimiento y ahorro fueron las siguientes: tasa de crecimiento del ingreso nacional = 2.45; tasa de crecimiento de la población = 0.66; tasa de crecimiento del ingreso nacional por habitante = 1.78; ahorro privado neto de la depreciación en porcentaje del ingreso nacional = 11.23; ahorro neto de los hogares = 7.53, y; ahorro neto de las empresas = 3.70⁵. Por su parte, desde 1959 a 2010 existe un constante aumento en el valor del capital privado y la relación en porcentaje del ingreso nacional: habiendo disminuido a menos de 300% alcanza a más de 400%, y la proyección del autor es que se aproxime al 700% a fines del siglo XXI.

Esta evolución demuestra que no existe ninguna fuerza natural que necesariamente reduzca la importancia del capital y de los ingresos resultantes de la propiedad del capital a lo largo de la historia. En las décadas de la postguerra pensamos que el triunfo del capital humano sobre el capital en el sentido tradicional era un proceso natural e irreversible debido a la tecnología y a fuerzas puramente económicas. A decir verdad, algunos ya decían que las fuerzas propiamente políticas eran centrales. Nuestros resultados confirman del todo este punto de vista... Si verdaderamente se desea fundar un orden social más justo y racional, basado en la utilidad común, no basta con recurrir a los caprichos de la tecnología... El crecimiento moderno, basado en el incremento de la productividad y de la difusión de los conocimientos, permitió equilibrar el proceso de acumulación del capital. Sin embargo, no modificó las estructuras profundas del capital (pp. 257-258).

La desigualdad y la distribución a nivel individual

Una regularidad que se releva es que la desigualdad respecto al capital siempre es mucho mayor que aquella respecto al trabajo. La participación del decil superior del ingreso del trabajo suele ser del orden de 25 al 30% del total de los ingresos del trabajo. La misma estimación respecto al capital lleva a un porcentaje superior al 50%, y que a veces llega al 90%.

En relación con los ingresos del trabajo, no obstante sus objeciones a la teoría que atribuye a la educación y al desarrollo tecnológico una alta capacidad explicativa en torno a la desigualdad derivada de la distribución de este tipo de ingresos⁶, Piketty sí reconoce el papel de estos factores en la determinación de los salarios, especialmente en el largo plazo. A la vez, destaca en este punto la función de las instituciones.

⁵ Calculados a partir de los gráficos v.1, v.2 y v.3 (p. 193, p. 195, p. 197).

⁶ Esta teoría parte de la base de que el salario es igual a la productividad marginal del trabajador, productividad que depende principalmente de su calificación y del estado de la oferta y de la demanda de las calificaciones o habilidades en la sociedad considerada, lo que depende, a su vez, del nivel de las tecnologías.

En cuanto a la desigualdad de los ingresos del trabajo, el autor plantea una descriptiva distinción entre países con desigualdad baja (países escandinavos entre 1970-1980), desigualdad promedio (Europa el 2010), desigualdad elevada (Estados Unidos el 2010), y desigualdad muy elevada (proyección de Estados Unidos el 2300). Expuestas en el mismo orden de los niveles de desigualdad antes señalados, las cifras del porcentaje de participación del 10% más rico en el total de ingresos son de 20%, 25%, 35% y 45%. Para el 1% más rico los porcentajes correspondientes son 5%, 7%, 12% y 17%. Los coeficientes de Gini para esta distribución en los países de las distintas categorías son de 0.19, 0.26, 0.36 y 0.46⁷.

Al efectuar los mismos cálculos respecto a la propiedad del capital, los valores del coeficiente de Gini se elevan a 0.58, 0.67, 0.73 y 0.85⁸, demostrando que las desigualdades ante el trabajo siempre son mucho menores que las que se dan ante el capital. En todas las sociedades la mitad más pobre de la población no posee casi nada: el 50% de los más pobres de capitales posee siempre menos del 10% de la riqueza nacional y, en general, menos del 5%. “Hasta donde sabemos, no existe ninguna sociedad, en ninguna época, en la que se observe una distribución de la propiedad del capital que pueda ser calificada razonablemente de “débilmente” desigualitaria” (p. 282). Por ejemplo, en relación con la desigualdad de ingresos individuales, y analizando el caso de Francia en el siglo XX, el autor destaca que la reducción de la desigualdad en este período se debe, en gran medida, a la caída de los rentistas y al desplome de los muy elevados ingresos del capital vinculados con las guerras de 1914 a 1945.

De allí que Thomas Piketty plantee que el desarrollo de una verdadera clase media patrimonial constituye la principal transformación estructural de la distribución de la riqueza en los países desarrollados del siglo XX, a comienzos de cual, el 40% de la población correspondiente a la categoría de sectores medios era casi tan pobre en patrimonio como el 50% de la categoría de más pobres. Sin embargo, el acceso de los sectores medios a distintas formas de capital no es limitante para destacar como un rasgo notable y creciente en los países estudiados la concentración del capital en los sectores “súper ricos”.

⁷ Adaptados del cuadro VII.1 (p. 271).

⁸ Tomados del cuadro VII.2 (p. 272).

Desde 1970 existe una creciente participación en la riqueza del decil y el percentil superior. Para el decil más alto este porcentaje se ubica entre el 60% y el 70%, y para el percentil superior entre el 25% y el 35%. Naturalmente, en cuanto a este punto Piketty se refiere a las grandes fortunas, de acuerdo a los datos de Forbes, señalando que “más allá de cierto umbral, todas las fortunas –heredadas o empresariales- aumentan a ritmos muy elevados, sin importar si el titular de la fortuna ejerce o no una actividad profesional” (p. 484). Además, breves descripciones de casos como los de Bill Gates, Steve Jobs, Carlos Slim, entre otros, le permiten destacar que:

nadie niega la importancia de tener en una sociedad de empresarios, inventos e innovaciones... argumento que no permite justificar todas las desigualdades patrimoniales... el problema es que la desigualdad $r > g$, aunada a la desigualdad en los rendimientos en función de la cuantía del capital inicial, a menudo conduce a una concentración excesiva y permanente del patrimonio: por justificadas que sean al principio, las fortunas se multiplican y se perpetúan a veces más allá de todo límite y de toda posible justificación racional en términos de utilidad social (p. 488).

Es indudable que el papel que juegan las herencias en estas diferencias es relevante. Esto es así ya que el indicador del porcentaje de cada generación que recibe en herencia por lo menos el equivalente del ingreso de una vida de trabajo, ha aumentado desde menos del 10% desde 1790, a cerca del 15% según su proyección al 2030 (p. 463).

El papel del Estado social

Para Thomas Piketty, considerando que el rol del estado –con un nivel menor al 10% del ingreso nacional como contribuciones obligatorias- se limitaba al mantenimiento del orden, el respeto al derecho de propiedad y los gastos militares, se amplió desde la década del 20 del siglo pasado a políticas públicas de educación, salud, vivienda, ingresos de reposición para jubilaciones y seguros de desempleo, y transferencias monetarias de apoyo a familias con ingresos inferiores. Estas funciones fueron posibles por la revolución fiscal del siglo XX.

Basándose en autores como el filósofo John Rawls y el economista y filósofo Amartya Sen, Piketty fortalece la noción de un estado social modernizado que administre eficaz y eficientemente los recursos recaudados de sistemas de impuestos, enfatizando que el impuesto no es un sistema técnico, sino eminentemente político y filosófico.

“[E]l impuesto progresivo es un elemento esencial para el Estado social: desempeñó una función clave en su desarrollo y en la transformación de la estructura de las desigualdades en el siglo XX, y es una institución para garantizar la viabilidad en el siglo XXI” (p. 549).

Con el objeto de regular el capitalismo patrimonial global del siglo XXI, junto al estado social y los impuestos progresivos, y sin desechar el papel de un impuesto mundial sobre el capital como una utopía, pero útil como punto de referencia de tasas impositivas e intercambios automáticos de informes bancarios internacionales, Piketty plantea una tercera herramienta centrada en la creación de nuevas formas de propiedad y control democrático del capital. Junto con un muy fundado e inteligente análisis del desarrollo del capital hasta el presente siglo⁹, se formulan consideraciones de valoración de la democracia y de los mecanismos de deliberación democrática ante temas fundamentales para la humanidad.

Además, este trascendental libro se complementa con un anexo técnico muy sofisticado (piketty.pse.ens.fr/capital21c), pero cuya revisión no es un requisito para comprender esta integral obra. Esta reseña concluye con la primera referencia seleccionada por Piketty, cuya alusión sintetiza el sentido de buena parte de su trabajo: “Las distinciones sociales sólo pueden fundarse en la utilidad común” (Declaración de los derechos humanos y de la ciudadanía 1789: artículo primero).

⁹ El caso de Chile, no obstante su alto nivel de concentración y desigualdad económica, no es analizado en el texto. En el país son numerosos los estudios basados en la encuesta CASEN, o en información del Servicio de Impuestos Internos e instituciones previsionales respecto a los ingresos autónomos del trabajo. Las orientaciones y enfoques del libro reseñado permiten destacar, sin embargo, la falta de estudios integrales sobre la concentración del capital y la riqueza.

